

Los PRÍNCIPES

Preparados para reinar

Carmen Enríquez
Emilio Oliva



AGUILAR

Emilio Oliva

AGUILAR

Los PRÍNCIPES

SEP/2010

PARA JUAN DIEZ UZOLA CON
EL AGRADECIMIENTO MAS COMPLETO
POR SU VALIOSA CONTRIBUCION A
ESTE LIBRO Y NUESTRO APECTO,

Amado Amun

© 2010, Carmen Enríquez y Emilio Oliva

© De esta edición:
2010, Santillana Ediciones Generales, S. L.
Torrelaguna, 60. 28043 Madrid
Teléfono 91 744 90 60
Telefax 91 744 90 93
www.librosaguilar.com
aguilar@santillana.es

Diseño de cubierta: María Pérez-Aguilera
Fotografía de cubierta: Manuel Hernández de León
Fotografía de contracubierta: Agencia EFE
Casa de Su Majestad el Rey/Borja

Primera edición: octubre de 2010

ISBN: 978-84-03-10102-9
Depósito legal: M-37.632-2010
Impreso en España por Gráficas Rógar, S. A. (Navalcarnero, Madrid)
Printed in Spain

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y ss. del Código Penal).

VI

¿Qué dicen los sondeos?

Si es usted mujer, tiene más de 50 años, llega justita a fin de mes, se siente más española que otra cosa, lee periódicos pero no los devora, en temas de política no cree en los extremismos y es más bien conservadora, en ese caso casi seguro que es usted también partidaria de la monarquía.

Ésta es, al menos, una de las muchas conclusiones en las que coinciden el CIS y ASEP, las dos empresas de sondeos, de investigación sociológica, que se ocupan con regularidad de preguntar a los españoles por sus preferencias políticas y, entre ellas, por cómo van viendo a la Corona con el paso de los años y cuál es su grado de confianza en el sistema de monarquía parlamentaria que establece la Constitución desde 1978.

Juan Díez Nicolás es director y propietario de ASEP, la empresa de investigaciones sociológicas y de sondeos de opinión que desde hace más de dos décadas ha seguido con mayor asiduidad las evoluciones de la imagen de la Corona y de sus integrantes. Esa investigación la ha hecho con regularidad, en más de doscientas ocasiones y siguiendo un sistema homologado y académico.

A Díez Nicolás le recordarán quienes tengan memoria de la Transición por sus grandes bigotes, su pipa y su impecable Harley Davidson, sus signos de identidad iconoclasta y renovadora cuan-

do, de joven, formaba parte de lo más granado del selecto grupo que integraban «los hombres de Suárez».

Formado en Estados Unidos en tiempos en que eso era una excepción, Juan Díez Nicolás fue pionero en España en la implantación de los estudios sociológicos en la década de 1970 y desde entonces ha sido autoridad en la materia, uno de los maestros de la especialidad.

Contó en sus principios con el apoyo y la confianza de Adolfo Suárez, el hombre que arrancó de la prehistoria a la política española, para crear el Centro de Investigaciones Sociológicas, el famoso CIS, que tan buenos resultados ha dado como termómetro imparcial de la forma de ver las cosas que tenemos los españoles.

—La gente de posición social alta tiene más capacidad de crítica con la Corona, pero en el centro social son más receptores de una opinión favorable. La mayoría de la gente está más cerca de los miembros de la Familia Real de lo que imaginamos. No lo digo yo, sino los sondeos, uno tras otro desde hace más de veinte años.

Con el paso del tiempo, Díez Nicolás se ha recortado su frondoso bigote, enseña su colección de pipas en un expositor y sólo utiliza su moto para paseos, pero sigue manteniendo intacta su pasión por tomarle el pulso a esta sociedad especial y peculiar que es la española. Sus mediciones son, junto a las que hace el CIS, las únicas que se efectúan con entrevistas cara a cara. Hace 1.200 mensuales y con sus estudios mantiene vinculada a su empresa con la prestigiosa organización International Social Survey Program, que realiza barómetros sociológicos en veintisiete países.

—La Corona —nos dice— ha sido siempre, y ahora también, la institución más valorada entre las trece por las que se pregunta en esta investigación, si bien este año empata con las Fuerzas Armadas.

La antigua casa de este sociólogo, el CIS, es la otra entidad que pregunta con regularidad a los españoles por los temas que son de su interés.

El tipo de preguntas que formula el CIS es diferente al de ASEP, ya que ha de atenerse a la permanente vigilancia de los partidos políticos, siempre recelosos de que este organismo cumpla su trabajo sin dar ventaja a nadie, y menos a su adversario. Las oleadas que hace el CIS incluyen normalmente 2.500 entrevistas en persona, algo que confiere a los sondeos mucha mayor fiabilidad que las realizadas por teléfono, al que los ciudadanos, ya muy castigados por los innumerables sistemas de televenta, son cada vez más reacios.

La actual presidenta del CIS, Belén Barreiro, doctora en Ciencias Políticas y socióloga, es joven, de la quinta del Príncipe, amante de su trabajo y sumamente meticulosa con los datos que maneja. Barreiro se presenta como una persona segura y que encubre su timidez con grandes dosis de amabilidad y, de vez en cuando, con transgresiones como posar para una entrevista con Karmentxu Marín, en *El País*, puesta en pie en su mesa de trabajo.

En su clásico despacho, cuajado eso sí de detalles personales, principalmente pinturas, en la madrileña calle Montalbán, nos advierte con insistencia como prolegómeno que ella, por respeto a la neutralidad que ha de mantener su empresa, no opina sobre los temas que le preguntamos, sino que se limita a localizar y leernos lo que las encuestas han determinado. No habla ella, hablan los datos.

—De la monarquía se dice, porque se ha publicado en algún medio de prensa, que ha caído su valoración, o la confianza de los ciudadanos en ella. Lo que es cierto es que en la última encuesta que tenemos, que es del año 2008, sigue siendo la tercera institución, de doce, que inspira más fe a los ciudadanos, tras las Fuerzas Armadas y la Policía, y además es la primera institución en la que más confían si nos referimos a instituciones del Estado que cuentan con cierto carácter político o que definen el sistema político del Estado.

Barreiro habla con reposo, tratando de dar sensación de neutralidad también a su voz, siempre con una hoja llena de números y datos en la mano. Cualquier pregunta tiene como respuesta

inmediata la búsqueda de la correspondiente tabla y de ella entresaca la frase de respuesta.

Tanto a Belén Barreiro, y al CIS que preside, como a Juan Díez Nicolás hemos recurrido como a los más cualificados expertos que pueden pulsar el verdadero estado de opinión que existe en la sociedad sobre la Corona y quienes la integran y representan. Éste es un tema del que se habla mucho y en el que cada cual, en conversaciones informales, se deja llevar por sus filias y sus fobias, pero la mayor parte de las veces sin apoyarse en datos fiables.

Nos interesa conocer, a la vista de esas pilas de datos que aturden a quien no está acostumbrado a ellos, pero que no engañan, cuál es la opinión que actualmente y a lo largo de los años tienen y han ido teniendo los españoles sobre la monarquía y sus protagonistas principales. Queremos saber, respecto a estos asuntos, cuál es la «opinión de opiniones» que es un sondeo imparcial bien hecho.

Barreiro nos hace la advertencia previa, desde su punto de vista experto, de que lo que se pregunta a la gente cuando se trata de calificar a las instituciones es su grado de confianza en ellas.

— Cuando se pregunta sobre confianza, siempre lo digo, el resultado es que los ciudadanos no confían en los políticos, no tienen fe en muchas instituciones. En el caso de la monarquía, en el último sondeo sobre este aspecto le otorgan una nota media de un 5,54, pero es que cuando se les pregunta si se fían los unos de los otros, lo que los sociólogos llamamos confianza interpersonal, el resultado es una nota media por debajo del cinco. No confían en quienes están fuera de su círculo más próximo, y hay que recordar que tampoco el monarca es alguien de tu círculo. Creo que eso hay que tenerlo en cuenta, la palabra confianza es muy exigente.

¿HAY PROBLEMAS?

Respecto a esa creencia, o en todo caso respecto a la forma en que la sociedad española valora a la monarquía, hay quien, tomando datos de aquí y de allá según convenga, interpreta que se ha pro-

ducido un descenso en la constante predilección que la ciudadanía ha mostrado sistemáticamente por la institución.

Esas versiones se centran siempre en comparar, por ejemplo, ese 5,54 de 2008 con los notables que obtenía la Corona en los años ochenta, o el 7,5 de 1995. La consecuencia, deducen, es que la crisis amenaza. Los datos, sin embargo, dicen otra cosa. La presidenta del CIS, consultando sus papeles como un oráculo, nos traslada lo que éstos le dicen en ese asunto.

— Se dice que los ciudadanos confían en la monarquía ahora menos que antes, y esto es algo que hay que matizarlo en dos sentidos. El primero es que al principio de la democracia tiene una valoración o despierta un grado de confianza exageradamente alto. Mientras que las demás instituciones, como Congreso, Senado o Gobierno, estaban en un cinco, un cinco y medio, o como mucho llegaban a un seis, la monarquía estaba en un notable alto. Los efectos del papel del Rey en la Transición o en el 23-F situaban a la monarquía en una valoración, entre comillas, exagerada. Y cuando uno parte de más alto, la caída parece mayor.

Preguntamos entonces a Barreiro qué otro significado puede tener ese descenso.

— ¿Cómo lo interpretaría yo? Que se ha normalizado la relación de la sociedad con la monarquía, es decir, que la propia normalización de la democracia, su rodaje satisfactorio, ha producido también la normalización en la valoración de la institución. Yo no hablaría de caída, hablaría de normalización. Y la segunda matización es que se observa en la evolución de la valoración de la monarquía una pauta zigzagueante de subidas y bajadas en los diferentes años. Sólo si hubiera una bajada constante podríamos hablar de deterioro de la imagen de la monarquía.

Daría que pensar sobre la exactitud de estos datos y sus correspondientes interpretaciones si la versión de la responsable del CIS difiriera radicalmente de la que plantea ASEP, la otra empresa que pregunta sobre estos asuntos por caminos diferentes, pero la realidad es que ambas son coincidentes, como nos apunta su director, Díez Nicolás.

—El CIS y yo hemos coincidido en los sondeos que hacemos sobre el tema de la Corona, rara vez he encontrado una discrepancia sobre el tema.

Y corrobora lo anterior cuando toma los datos de ASEP y, siguiendo un ritual similar al que emplea Barreiro cuando pronuncia una frase de interpretación de sus sondeos, nos dice:

—Todos los meses desde octubre de 1986 hemos preguntado por la imagen de la Corona. La valoración, en una escala de cero a diez, ha sido superior a los siete puntos sólo durante cinco años, de 1993 a 1997, y sólo dos años ha sido inferior a los seis puntos, en 2008, un 5,9, y ahora en 2009, un 5,8. La explicación posiblemente haya que buscarla en la normalización, en la rutina de la vida política.

En la búsqueda de documentos para la elaboración de este libro nos hemos cruzado, desde luego, con numerosas encuestas aisladas realizadas al calor de acontecimientos que han ido jalando la actividad de la Familia Real o la vida política española, tales como una boda o un aniversario señalado.

Todas ellas son citables, pero no mezclables porque se han hecho con métodos distintos. El problema es que, convenientemente seleccionadas, pueden servir a unos y otros para llevar el agua a sus interesados molinos. Por ello hemos optado por ceñirnos a las garantías de neutralidad e imparcialidad en que se mueven estas dos empresas, pública una y privada la otra, ambas sumamente confiables y ambas interesadas con regularidad periódica por este asunto.

La presidenta del CIS cierra el ciclo con una frase que resume la situación en que se encuentra la valoración de la Corona española. La pronuncia poniendo su mano derecha sobre el fajo de documentos que ha ido manejando durante nuestra conversación.

—¿Qué ocurre si yo soy un sociólogo visitante de España, soy neutral, no sé nada de este país y me dan estos papeles y me piden una valoración? Al leerlos, esos papeles me dicen que la monarquía es la institución con vinculación política que provoca más confianza entre todas las instituciones españolas con ese mis-

mo carácter, y yo no veo ningún problema para esa institución. Yo no lo veo.

LOS PRÍNCIPES EN LOS SONDEOS

Al margen de la valoración de la institución de la Corona, hemos querido averiguar también cuál es la opinión que la gente tiene de los príncipes de Asturias, Don Felipe y Doña Letizia, individualmente.

Nos explicó Barreiro que en estas investigaciones llamadas series temporales, el CIS no realiza sondeos personalizados por una cuestión técnica, pues se pregunta siempre por instituciones y siempre las mismas, y también por razones de la neutralidad a ultranza que trata de mantener el organismo que preside de cara sobre todo a los partidos políticos. «Nosotros pintamos el paisaje, y por detrás del lienzo está escrita la historia del país».

Juan Díez Nicolás, desde ASEP, que no ha de dar cuentas de ese tipo, sí lo viene haciendo desde que comenzó su actividad. Él lo narra satisfecho y orgulloso del documento sociológico que ha generado su esfuerzo.

—Yo empecé a preguntar sobre la valoración de la Corona, el Ejército y las Fuerzas Armadas desde el CIS en 1977-1978 y fui el primero que me atreví a hacerlo. Era un atrevimiento porque determinados temas eran tabú como reflejo del franquismo. Había que plantearlo en voz baja. Pero lo hice y vi que no pasaba nada. A partir de 1991 empecé a preguntar no sólo por la imagen de la Corona, sino a veces específicamente por la imagen del Rey, que es completamente distinto, y también por el sistema de Estado, por la monarquía o la república.

En sus encuestas, poco a poco, Díez Nicolás fue incluyendo preguntas que ahora reunidas constituyen un valioso fondo documental. A la valoración de la imagen de las instituciones, añadió la de políticos tanto activos como en la sombra del retiro, y luego la de las distintas personas que componen la Familia Real.

—Una vez tras otra el ranking anual sitúa en primer lugar al Rey, seguido por la Reina, aunque ésta se ha situado en ese primer puesto en alguna ocasión, después el Príncipe y luego las Infantas, dependiendo del momento una u otra por delante. La princesa Letizia, desde que la incluí en los sondeos al formar parte de la Familia Real, aparece con una valoración por encima de las Infantas y por detrás del Príncipe. Nuestro método hace que nunca preguntemos por dos personas en el mismo mes.

Para ilustrar este tema, entre los montones de datos posibles con los que no queremos abrumar al lector, hemos tomado de muestra las listas de valoración de ASEP de 2005, el primer año en que se incluye a la Princesa, y 2009, que es el último disponible. Los años intermedios son similares y los datos son reveladores.

En 2005 la Familia Real copaba seis de los siete primeros puestos del ranking. La Reina encabezaba la lista con un 7,3 de valoración, seguida por el Rey con un 7, el papa Juan Pablo II con un 6,9, y a continuación el príncipe Felipe con un 6,6, y la princesa Letizia, que recién incorporada a la Familia Real obtenía una destacada nota de 6,3, algo que contradecía las versiones agoreras de determinados sectores, y a continuación se situaban las infantas Cristina y Elena.

Entre los personajes políticos del momento figuraba en el octavo lugar Adolfo Suárez, a pesar de estar ya apartado de la política, valorado con un 5,2, igual puntuación que recibía el nuevo presidente del Gobierno, José Luis Rodríguez Zapatero, al que seguía, también desde el retiro, Felipe González. Como curiosidad, el presidente de Estados Unidos, George W. Bush, era valorado con un 2,1 en el puesto 52, y Arnaldo Otegi cerraba la lista con un 1,3.

Cuatro años después, en 2009, los ciudadanos mostraban su desesperanza para con los políticos al situar en el primer puesto de sus preferencias a un Adolfo Suárez ya afectado de pleno por el mal de Alzheimer que padece y totalmente alejado de la actividad pública, con un 6,5, seguido por el ilusionante Barack Obama, que

obtenía un 6,4. A continuación figuraban el rey Juan Carlos con un 6,2; el Príncipe con un 6; la Reina con un 5,9, y la princesa Letizia con un 5,3.

Entre los políticos en ejercicio en ese 2009, la primera mejor valorada era Trinidad Jiménez en el puesto decimotercero con un 4,7, a Rodríguez Zapatero había que buscarlo en el puesto 23 con un 4,3, a su adversario principal, Mariano Rajoy, en el 32 con un 3,5, y el farolillo rojo del listado era Carod Rovira que había recibido 2,3 puntos.

Aparte de observar que los miembros de la Familia Real suben o bajan su nota particular en función del nivel general que existe en el mundo político, resulta evidente que los Príncipes, según los sondeos efectuados mes a mes y año a año por ASEP, se mantienen en una muy buena valoración por parte de la sociedad, formando parte de ese *top-ten* en el que cualquier político sueña con estar situado.

Estas encuestas de opinión sobre personalidades recogen tres aspectos a ponderar. Primero, la notoriedad, lo conocido que resulta el personaje; luego, la valoración, es decir el nivel de aprecio que se le tiene, y por último, el grado de controversia, o sea si el cinco de nota media que obtiene alguien es producto de que unos dicen cuatro y otros dicen seis, o de que unos califican con diez y otros lo hacen con cero. Díez Nicolás nos lo explica:

—Lo mejor es tener un alto grado de notoriedad, una alta valoración y un grado de controversia cuanto más bajo mejor. Éste es el caso una y otra vez de la Familia Real.

En el alto grado de controversia que generan los políticos se encuentra la explicación de las calificaciones tan bajas que obtienen en la actualidad.

—En los ochenta —nos explica Belén Barreiro— los votantes del PP podían aprobar al presidente del Gobierno socialista y hoy le dan de media un 1,8. Las notas medias caen como efecto del escenario de polarización que se vive. Pero eso no influye en instituciones como la monarquía.

OPINIÓN PÚBLICA Y OPINIÓN PUBLICADA

En el maremágnum que vive actualmente la sociedad española respecto a sus instituciones, a las que tiende a valorar de forma muy baja, la Corona corre el peligro de verse arrastrada a calificaciones que no le corresponden. Ese riesgo se mantiene aún a pesar de que los sondeos que realizan tanto el CIS como ASEP sitúan una y otra vez a la monarquía fuera de estas quemadas.

Las cifras de los sondeos hablan solas, no son declaraciones aisladas basadas en hechos temporales o puntuales, sino que constituyen la gran opinión, eso que se llama «la opinión pública», y que muchos tratan de distinguir de otra cosa mucho más subjetiva a la que denominan «opinión publicada».

Uno de los detractores declarados de ese fenómeno de la opinión publicada que todo lo enreda es Manuel Marín, quien desde su dilatada experiencia europea y como presidente del Congreso en la pasada legislatura (2004-2008) nos la describe así:

— La opinión publicada son programas, visiones, chismorreos, o pretendidos conocimientos que lo que sí tienen sin discusión es un nivel deplorable. Hay quien dice que esas cosas pasan también por ahí, en otros países, pero la realidad es que sólo pasan en Italia y aquí. Por ejemplo, en Francia o en Bélgica no ocurren. Si eres una persona un poco viajada te das cuenta de que eso es así.

»Lo que se pretende desde esas posiciones es variado, e incluso sus orígenes y quienes lo promueven llegan a tener intereses contrapuestos. Nada tiene que ver un ultra de derecha con uno de izquierda, ni tampoco tiene mucha relación un aristócrata despechado con un supuesto periodista dedicado a pretendidas investigaciones de sociedad, o con un grupo de presión de los que se dedican a eso tan nuestro de “desestabiliza, que algo queda”.

»Nada tienen que ver, pero todos coinciden cuando se reúnen en sus respectivas salas de despique y alguien plantea aquello de “lo sé de muy buena fuente”, pero sin aclarar cuál es ese exclusivo manantial del que nace la maledicencia de turno.

Y al margen de esa maliciosa opinión publicada, ya con datos fiables en la mano, resulta que la mayoría de los ciudadanos españoles están conformes con la institución monárquica y todavía más con sus responsables, con quienes son sus principales representantes, el Rey, la Reina, el Príncipe y la Princesa de Asturias.

Hemos podido ver cómo son percibidos cada uno de ellos por la sociedad española, pero la empresa de Juan Díez Nicolás ha estudiado con especial detenimiento la opinión que existe durante las dos últimas décadas sobre el papel que ha desempeñado el número uno, el Rey, en el funcionamiento de la democracia en España.

«La mayoría de los españoles sigue considerando que el papel del Rey para el funcionamiento de la democracia es muy o algo importante», afirma el más reciente estudio completado por ASEP.

Añade el informe que ese criterio «apenas ha variado a lo largo de estos años, de manera que ha fluctuado entre 81 por ciento en 1996 y el 66 por ciento en 2005, pero la mayoría de los años la proporción ha estado entre el 70 y el 79 por ciento. Por eso, el dato de 2008, 67 por ciento, no se desvía significativamente del resto».

Advierte, sin embargo, ASEP que se aprecia un continuo y significativo trasvase de los que afirman que el papel del monarca «es muy importante» a los que consideran que es «algo importante».

A ese matiz, la empresa de sondeos añade el dato de que ha crecido la proporción de los que opinan que la función del Rey ha sido poco o nada importante. Antes del año 2000 ambos conceptos no superaron nunca el 20 por ciento, en tanto que en la presente década ha estado siempre por encima de esa cifra, ha llegado a estar en el 32 por ciento en 2005 y bajó en 2009 al 30 por ciento.

«Respetando escrupulosamente los datos que proceden de diecinueve investigaciones realizadas desde 1991, puede afirmar-

se que más de dos tercios de los españoles respaldan totalmente la institución monárquica», apunta el estudio.

Y distingue, como colofón, entre dos conceptos, la valoración y la tendencia. «La valoración —dice— está siempre por encima de cualquier otra institución política. La tendencia —añade— debe servir de llamada de atención, aunque sea producto de la normalización y del reemplazo generacional».

LA JUVENTUD BAILA... LAS CIFRAS

Los jóvenes, como es casi su deber, no están de acuerdo con casi nada de lo que a sus mayores les gusta. Las instituciones no se escapan a esa tendencia, y la monarquía entra en ese paquete de las instituciones.

—Los más jóvenes son los que peor valoran todas las instituciones, sea Policía, ejército, Congreso, Gobierno u oposición. A todas las instituciones. Cuando uno desagrega por edad la confianza que se tiene en las instituciones, sistemáticamente el grupo que peores notas pone es el de 18 a 24 años.

Es Belén Barreiro quien nos da cuenta de esa especie de venganza que se toman los jóvenes en cuanto tienen la oportunidad de ser ellos quienes califiquen a los demás.

Comenta la presidenta del CIS la puntuación de 4,95 que el sector de entre 18 y 24 años otorgaba a la monarquía en el último estudio de su entidad, y que algunos medios interpretaron como un síntoma del declive que sufre la Corona en la opinión de los jóvenes, a pesar de ser la mejor valorada de las instituciones políticas.

—Ocurre para todas las instituciones, por eso no me parece tan llamativo. Como la monarquía ha caído del notable al aprobado, resulta que en el grupo de los jóvenes esa nota se sitúa en un 4,95, una nota que no es especialmente relevante si la media es 5,5. Es lógico que caiga por debajo del cinco entre la población más crítica. Ya digo que los jóvenes, por lo general, no aprueban

a ninguna institución. Entre los jóvenes sólo salen bien consideradas las ONG —opina Barreiro.

Para esa posición de los jóvenes actuales puede existir una explicación vinculada al simple paso del tiempo y el consiguiente cambio en la percepción de hechos que fueron decisivos en su día y que dieron al Rey, y a la Corona, un alto nivel de notoriedad y aprecio popular. Díez Nicolás apunta lo siguiente:

—Las generaciones que vivieron la Transición, aquellos que vivieron el 23-F (23 de febrero de 1981) y el papel crucial de la Corona en la noche del intento de golpe de Estado comienzan a ser minoritarios, de manera que la institución ha dejado de tener ese aroma mítico que procedía de una tradición acostumbrada a tener un respeto reverencial por el poder establecido, pero también de una sociedad que reconoció el enorme valor que tuvo el entonces joven Rey para renunciar a todos los poderes que había heredado y ponerse al frente de un proceso democratizador auténtico.

Pero ésa no es para Belén Barreiro la explicación completa de la posición que mantiene la gente joven.

—Yo tengo mis dudas. Ésa es la explicación fácil. Creer que hay jóvenes que, como no han vivido el 23-F, valoran menos la monarquía porque no entienden que desempeñe un papel tan fundamental. Pero entonces ¿qué es lo que hace que los jóvenes consideren peor todo el resto de instituciones que todos los demás grupos de edad? Porque los jóvenes también juzgan peor el Parlamento, el Gobierno, la oposición... Eso no lo puede explicar la lejanía del 23-F.

En definitiva, se podría concluir con algo tan sencillo y evidente como que las chicas y chicos son siempre los que enjuician con mayor dureza y nivel de reproche al sistema establecido, sea el que sea. Es su papel. Siempre lo ha sido y lo seguirá siendo. Los jóvenes de hace veinte años son ahora personas maduras que juzgan con indulgencia lo que antes criticaban sin paliativos. Pero quienes les han relevado en esa franja de edad son tan críticos con el sistema como lo fueron ellos en su momento. Alguien dijo que la juventud es un mal que sólo se cura con el tiempo.

Estas opiniones, en todo caso, no dejan de tener sus recovecos de difícil interpretación, y ponemos un ejemplo.

Cuando en las encuestas de ASEP en 2009 las personas entre 18 y 29 años opinan sobre el papel del Rey, un 37 por ciento considera que es poco o nada importante — es el grupo más crítico — y un 58 por ciento cree que es algo o muy importante. Y, sin embargo, cuando se pronuncian sobre cómo será la sucesión a la Corona, un 83 por ciento vaticina que se producirá sin problemas, mientras que la media de los de 30 años o más baja a un 77 por ciento. Es decir, los jóvenes son más críticos que los mayores con la monarquía pero, sorprendentemente, tienen menos dudas de que la sucesión se producirá, y creen más en su continuidad.

MONARQUÍA O REPÚBLICA

En 1991 Juan Díez Nicolás sintió la curiosidad de saber más sobre la forma de Estado que prefieren los españoles. No le bastaba con ir preguntando de manera constante acerca de la opinión que existe sobre la Corona, el Rey y la Familia Real; quería saber algo más.

El sociólogo incluyó en sus sondeos una pregunta que desde entonces hace en las encuestas del mes de junio, y que permite al preguntado decantarse por república presidencialista, república parlamentaria o monarquía parlamentaria.

Gracias a la curiosidad de Díez Nicolás nos ha quedado la que posiblemente es la única serie periódica y homologada de sondeos sobre las preferencias de los españoles acerca del modelo de Estado. Ese de monarquía o república es un tema al que todos miramos como de reojo — por eso quizás sólo exista una única investigación sobre el tema — pero que nunca perdemos de vista.

En ese tramo de diecinueve años investigados, la actual forma de Estado sale bien o muy bien parada.

Durante estas casi dos décadas, una media del 62 por ciento de los españoles se muestra favorable a la monarquía parlamentaria que nos rige, un 13,6 por ciento prefiere la república parlamentaria, un 4 por ciento se decanta por la república presidencialista, otro 4 por ciento suman los que prefieren «otro» o «ninguno», y un 16,4 por ciento se apunta al famoso «no sabe/no contesta».

Al principio de hacer esas encuestas, nos dice Díez Nicolás, había personas que no se sentían cómodas declarando su preferencia republicana y se refugiaban en el «NS/NC» pero «actualmente lo hacen sin ninguna reserva», y ese apartado ha pasado de suponer un 21 por ciento de los encuestados el primer año, a ser sólo un 14 por ciento en el último registrado.

Esa especie de «salida del armario» de la política ha venido a mejorar la proporción de quienes sienten o creen mejor la fórmula de gobierno republicana, pero ello ha ocurrido sin que disminuya el porcentaje de los que apuestan por la monarquía, sino más bien todo lo contrario.

En efecto, el primer año en que se hizo el sondeo, 1991, un 55 por ciento dijo preferir la monarquía parlamentaria, un 4 por ciento se mostró partidario de la república presidencialista, y un 13 por ciento se decantaba por la república parlamentaria.

En el último sondeo efectuado, el de 2009, quienes preferían la monarquía parlamentaria totalizaban un 61 por ciento, los que se decantaban por el presidencialismo eran un 5 por ciento y aquellos que elegían como opción la república parlamentaria sumaban el 16 por ciento de los preguntados.

Durante todos esos años, el porcentaje más bajo que ha obtenido la opción de la monarquía fue ese 55 por ciento con que arrancó en 1991, y el punto más alto lo obtuvo en 1995, con un 67 por ciento.

La república parlamentaria ha conseguido su techo, un 18 por ciento, en tres ocasiones: 2004, 2007 y 2008, en tanto que su punto más bajo, un 10 por ciento, lo tocó en cuatro años en la década de 1990. La república presidencialista llegó a alcanzar un 6 por

ciento en 2005, pero al año siguiente pasó a ser la preferida de sólo el 2 por ciento de los encuestados.

El estudio de ASEP nos añade algunos datos que pueden llegar a sorprender. En el último sondeo realizado los partidarios de ambas formas de república suman un 21 por ciento, pero en su desglose esa proporción aumenta hasta un 31 por ciento entre los de alta posición social, y desciende a un 7 por ciento en las preferencias de los situados en una posición social baja. Es un estereotipo que se rompe.

De los encuestados que se reconocen como votantes del PP, un 75 por ciento se decanta por la monarquía y un 11 por ciento por la república, en tanto que entre los partidarios del PSOE, un 63 por ciento dice preferir la monarquía parlamentaria existente como forma de Estado para España y un 23 por ciento la república.

En el caso de Izquierda Unida, como es de esperar, suman un 74 por ciento los partidarios de ambos tipos de república, pero no deja de ser curioso que un 23 por ciento se incline por la monarquía parlamentaria.

Entre aquellos que se definen como «tan nacionalista como español» un 66 por ciento dice preferir la monarquía establecida. «Pero incluso los que se consideran más nacionalistas que españoles prefieren la monarquía parlamentaria, 40 por ciento, a la república, parlamentaria o presidencialista, 35 por ciento», nos apunta Díez Nicolás con un toque de orgullo por las intimidades del alma colectiva que es capaz de desvelar una encuesta hecha a conciencia.

El resumen inicial es lo que resulta revelador en este tema de las preferencias políticas de los españoles, la monarquía tal y como está implantada en España es considerada como el mejor sistema de gobierno por una media por encima del 60 por ciento de los españoles, y quienes opinan que es mejor la república no alcanzan el 18 por ciento.

Pero estos resultados, por favorables que resulten para la actual forma de Estado, no dicen que la gente sea monárquica, no es ese el concepto que desvelan estas encuestas. Así nos lo aclara Díez

Nicolás: «Yo creo lo que dicen los sondeos: no es que yo sea monárquico, sino que estoy a favor de una institución que funciona».

¿QUIÉN ME QUIERE MÁS?

El CIS nos ha hecho el gran favor de entresacar de sus enormes montañas de datos una selección de elementos que dibujan el perfil social y político de quienes confían en la monarquía.

Esa especie de retrato robot la ha realizado a partir de los datos del barómetro de 2008, el más reciente de sus sondeos sobre estas opiniones. Ése fue un año en el que, como quedó dicho anteriormente, todas las instituciones fueron calificadas a la baja respecto a anteriores ocasiones y entre ellas la monarquía fue la mejor valorada con un 5,5.

Con ninguna otra institución ocurre, pero con la monarquía sí. Las mujeres confían más en la monarquía que los hombres. La media en la escala de confianza es de 5,7 para las mujeres y 5,3 para los hombres en el estudio hecho por el CIS.

En lo que respecta a la edad, la confianza en la institución va creciendo con los años. Los jóvenes entre 18 y 24 años le dan una nota de 4,9, y esa calificación va subiendo paulatinamente hasta llegar al 6,6 que otorgan los españoles mayores de 65 años.

En el caso del nivel de estudios de los encuestados se produce una relación inversamente proporcional, es decir, cuanto mayor es el nivel de estudios de la persona menor es su confianza en la institución.

En consonancia con lo anterior, según recoge el estudio, los grupos sociales donde la monarquía suscita mayor confianza es en el de los trabajadores manuales, los autónomos, los comerciantes y los pequeños empresarios, y por el contrario la clase media alta es la que muestra menor grado de confianza.

Esto parece romper esa imagen preconcebida que identifica como típico defensor de la monarquía al clásico abogado o ingeniero acomodado, al burgués de alto nivel social, cuando lo que se deduce de este estudio es que a quienes creen o prefieren la

monarquía hay que buscarlos más bien en un taller, tras el mostrador de una tienda, o en la oficina de una Pyme peleona.

Por categorías ideológicas, recoge el estudio del CIS, la confianza en la monarquía es superior al cinco en todas salvo en la izquierda radical o en la extrema izquierda, y la creencia en la institución va creciendo a medida que se avanza de izquierda a derecha.

Siguiendo ese hilo, en cuanto a las opciones políticas, la confianza en la monarquía es alta entre los votantes del PP con un 6,6 de media, y del PSOE con un 5,7, y es especialmente baja entre los de Izquierda Unida, un 2,8, los de ERC, un 2,6, y NaBai, un 1,3. Y añade el estudio que, con cautela porque los datos de que dispone no son abundantes, se puede apreciar que para los votantes del resto de partidos nacionalistas la monarquía inspira una confianza semejante a la de la población en general.

Para saber quién quiere más a la monarquía, a la monarquía parlamentaria española, se puede recurrir a los estudios que tiene hechos el CIS para averiguar si los ciudadanos consideran que hay que reformar en algún aspecto la Constitución.

Un 53 por ciento dice que hay que reformarla, pero cuando se preguntó sobre qué cosas reformarían los ciudadanos de la Carta Magna, sólo un 2 por ciento dijo que la monarquía. Belén Barreiro nos explica un posible porqué a ese porcentaje que califica de «bajísimo»:

— Por un lado, en términos históricos, no la ven imprescindible para la democracia, pero al mismo tiempo la monarquía española, tal y como se ha desarrollado, es un valor para el buen funcionamiento de la democracia, para la estabilidad, para el orden.

EN RESUMEN

Todo este galimatías de cifras puede terminar resumido en cuatro o cinco ideas que determinan el estado de la cuestión.

Habría que comenzar por dar cuenta del dato que refleja la caída en las notas que recibe la Corona a lo largo de los años. Ha

pasado del notable alto al aprobado. Nuestros dos expertos coinciden en afirmar que este fenómeno se llama «normalización». No era normal que la monarquía viviera instalada en el notable cuando el resto de las instituciones casi soñaban con un suspenso alto.

En esas circunstancias, la Corona corría el peligro de convertirse en el repelente niño Vicente de la clase política española, y eso aquí se termina pagando muy caro. La normalización, dicen, es buena. Máxime si, como ocurre, la institución sigue siendo la mejor valorada entre las vinculadas con la vida política.

A la hora de repasar datos puros y duros hay que destacar que la monarquía parlamentaria sigue siendo la forma de Estado preferida de los españoles por goleada.

En el «histórico» de los sondeos acerca de las preferencias entre monarquía parlamentaria o ambos tipos de república, la proporción entre ellas es 62-18 a favor de la monarquía. Año tras año el resultado es éste, punto arriba punto abajo. Éste es el hecho y luego cada cual lleva su comentario a donde quiere.

Los sondeos revelan también que esta buena percepción que los ciudadanos tienen de la Corona no es algo que afecte únicamente al Rey y, con él, a la Reina. Los príncipes de Asturias gozan de buena acogida en la opinión de los ciudadanos. No alcanzan, desde luego, la altura o la popularidad del Rey, pero se mantienen ambos en la lista de los diez más valorados por la sociedad española.